

## PRESENTACIÓN AL DOSSIER ENSAYOS CON TEMA DE PANDEMIA EL COVID-19: UNA TERAPIA INTENSIVA

Diana Erika Cruz Jiménez<sup>1</sup>

Sucede lo inesperado, en el tiempo en el que estábamos distraídos pensando en el futuro. No hay mañana planeado, solo hay sorpresas, la pandemia nadie la avisó, la pensamos muy lejana, los muertos pensamos que no serían nuestros muertos, el dolor ajeno no pensamos compartirlo y terminó calándonos hondo, profundo; el luto nos unió, el temor nos recordó lo vulnerables que somos, la naturaleza reclamaba su espacio y la libertad que nosotros le habíamos arrebatado.

No somos dueños de nada, ni del tiempo, ni de la tierra que osamos explotar para satisfacer nuestras necesidades de hogar, no somos dueños del agua, del aire, del ecosistema, solo somos dueños de nuestras acciones, entonces debíamos preguntarnos ¿qué estábamos haciendo mal? ¿Qué amenaza tan grande somos para el planeta que tiene que respondernos de esta forma? ¿Qué no exige que veamos y recordemos? Que no somos los únicos, que no tenemos el control, que nos humanicemos y sintamos un poco de lo que las plantas, los animales y todo ser sobre la tierra.

El año 2020 comenzó a despuntar con las primeras noticias de una enfermedad “extraña” lo letal de esa enfermedad estremeció a una ciudad primero, después al mundo, era una enfermedad de muchos mitos, ¿fue un animal, un pulpo, los camarones, fue del mar?, en realidad no sabíamos de dónde ni de quién o qué había venido, lo cierto es que estaba presente y no respetaba fronteras, color de piel, estatus social ni cultural. La enfermedad vendríamos a saber ya había sido antes identificada, pero ahora se imponía ante el mundo y nosotros nos doblegamos. Comenzamos por escondernos, cerramos la puerta, pero ni una marca roja pintada en la puerta, ni unas hojas de olivo impedirían que nos visitara si no cubríamos nuestros rostros, si no guardábamos distancia. El enclaustramiento funcionaría y salvaría a aquellos que en depresión no caían, más la pobreza se aguzó y el pan en casa de muchos faltó, el distanciamiento nos enseñó a valorar las presencias de quienes omitimos por estar pendientes de una vida virtual en los celulares.

---

<sup>1</sup> Maestría en Historia y especialidade en Procesos Culturales Lecto-escritores. Facultad de Humanidades y Facultad de Contaduría. E-mail: [diana.cruz@unach.mx](mailto:diana.cruz@unach.mx)

Yo me encontraba en la sala de “Terapia intensiva”, me pasaba los días viendo el cielo, imponiéndome para no dejarme caer, observando la deshumanización del sector salud, ¿en qué momento se había dejado la vocación de servir y ayudar para sustituirlo por la idea de que la vida y la salud es un negocio?, era una lucha interna, tristeza que se me empozaba en los ojos, sentía como día tras día la columna se me quebraba poco a poco y cada vez era más difícil sostenerme, solo esperaba el momento de la visita para poder ver unos minutos a Rapunzel y contarle que los días estaban nublados, que el frío no se disipaba y calaba, que las tardes sin ella me parecían insoportables, que los cubrebocas se estaban convirtiendo en accesorios de primera necesidad y de nuevo la gente quería sacar leña del árbol caído, el gel antibacterial tan necesario en esos momentos se había escaseado y encarecido, ¿cómo llegamos a esto?, las funerarias fueron las más solicitadas y muchas fiestas se convirtieron en velorios, una vida extraña, algo muy lejano como un sueño, despertábamos y lo seguíamos viviendo.

Vivir una pandemia no me daba miedo, me aferraba a la idea de que ella no se fuera y a la vez cuando le hablaba le decía que era mejor que tuviera cerrado sus ojos para que no advirtiera el temor mío y del mundo. Después de los diez minutos los cinco familiares de terapia intensiva salíamos con los rostros conocidos, sabíamos por el semblante de cada uno la gravedad de nuestros pacientes, rezaban y compartíamos dolor que hacía menos el suplicio porque éramos pasajeros del mismo barco, algunos comentaban acerca del “Covid-19” como un monstruo extraño que se empeñaban en conocer, fueron por esas tardes cuando los primeros pacientes comenzaron a llegar con cuadros de neumonías atípicas, pero nosotros al entrar al área de terapia intensiva nos enfrentábamos a virus, bacterias agresivas que conocíamos y con dignidad enfrentaríamos con tal de ver a nuestros pacientes sedados aunque sea por unos minutos porque ahí construimos la fe de que ellos nos escuchaban y se recuperarían.

Nos convertimos en una familia después del mes de estar juntos en espera de una mejora de nuestros familiares. Andrea quien tenía a su papá en terapia por “influenza” me pidió que escribiera cuentos en honor a los pacientes de “terapia intensiva”, la memoria triste del año, la huella indeleble del dolor y del amor en tiempos de pandemia, el hito de nuestras vidas porque ninguno pensó que viviríamos un pandemia, ni que estaríamos consolándonos mutuamente en la sala de un hospital en los primeros meses del año.

En marzo las escuelas cerraron, los niños en casa, los padres en casa, toda la familia fue obligada a reunirse, numerosos divorcios se suscitaron, la convivencia diaria reflejó la fragilidad de los vínculos humanos, los amantes se extrañaban y la barrera de la enfermedad los separaba, mientras que otros se daban cuenta de que el amor en algo más lejano y ajeno se había convertido, no sabían desde cuándo. El sistema educativo colapso y reflejó las desigualdades educativas, la falta de estrategias en caso de pandemias, la saturación de alumnos en un mismo salón de clases, la tecnología no podía sustituir la interacción que se proporcionaba en el aula, la empatía generada en el salón de clases, la sensibilidad que se establece al tener contacto con los demás y crear vínculos afectivos, incluso muchos niños en comunidades carecían de internet o de equipo de cómputo, la educación entonces solo se mostró en beneficio de un sector de estudiantes con las posibilidades de “aprender a distancia”, descuidando de esta manera a otros en pobreza extrema que aunque con deseos de continuar estudiando no contaban con las herramientas para poder hacerlo. Yo para esos días ya cumplía dos semanas con mi corazón de luto.

Investigaciones planteadas con actividades de trabajo de campo se vieron afectadas, los organismos de ciencia y tecnología apoyados por el gobierno federal se vieron obligados a presentar pruebas de su funcionalidad, becas a muchos estudiantes de posgrados se retrasaron, parecía un holocausto, los espectadores a la deriva, el desempleo a la alza, se reflejó la falta de empleos formales, la gente continuaba saliendo, “la necesidad”, decían, “si no nos mata la pandemia nos matará el hambre”, la literatura, la música, el dibujo, el cine, las artes se convirtieron en el refugio de muchos, volver a ese lado humano, al arte que tan desprestigiado se encontraba nos ayudó a sobrellevar el encierro, el arte nos salvó; empezaron a leerse nuevamente: *El amor en los tiempos del cólera*, *La peste*, *Ensayo sobre la ceguera*, *La muerte en Venecia*, *Diario del año de la peste*, entre otras producto de experiencias similares y nos reconfortó la idea de no ser los únicos, la esperanza de que superaríamos en algún momento esto, de que tendríamos muchas experiencias que relatarle a nuestros hijos.

Para el mes de junio un saludo intercambiado con los colegas de Brasil, después de mi ausencia nos llevó a organizar un dossier que sembró de alegría e ímpetu a mi corazón, la idea de retomar el contexto, la pandemia y las experiencias de colegas de otros países dio como motivo esta selección de ensayos en la que se despliega la libertad creadora, la sensibilidad pura de quienes escriben para compartir con los demás y recordamos que nos estamos solos, que hay mucho por comunicar, por llegar a los otros a través de la literatura, de los lazos amistosos que establecemos con seres humanos de cálidos que están dispuestos a romper fronteras territoriales para conocerse con palabras que nacen de las entrañas.

Estamos en el mes de agosto y la pandemia no ha cesado, en varios países se teme a un posible rebrote, se dice que el antídoto estará listo para el primer trimestre del año 2021, las preocupaciones siguen vigentes, ¿qué nos espera?, ¿sobreviviré?, ¿encontraré un empleo, tendré qué comer?, son preguntas frecuentes entre los habitantes y no sabemos las respuestas. Mientras tanto las ferias en Chiapas han sido canceladas, la fiesta a San Francisco solo nos dejará el recuerdo de cuatro calles cerradas y abarrotadas de vendedores de dulces de camote, nance curtido, churros y papas fritas, juegos mecánicos, mesas con vendimias de cena, una orquesta para amenizar las tardes y la misa de las 6:00 en punto, solo el recuerdo del sabor, de los sonidos, de lo que fuimos hace un año, de lo que supimos apreciar o no, esos detalles que nos suministraban alegría y que la gente de Tuxtla tiene fe en que se realice el próximo año.

Una vez más estamos a merced de algo que nos supera, una vez más nos recuerdan nuestra fragilidad, pero si estos textos pueden ser una leve caricia para el alma de los lectores les diría que no teman, que se atrevan a dejar un testimonio de cualquier índole, que luchen, porque cada contexto vive una realidad que es valiosa conocer, todos tienen algo que compartir, una historia, un relato que hacer llegar a los otros.

Agradezco a todos los colaboradores, al equipo editorial que han hecho posible este dossier en la Revista Panorâmica on-line de Brasil, también agradezco a los lectores de la revista, son por quienes realizamos esta pasión de investigar, escribir y compartir.

Diana Erika Cruz J.